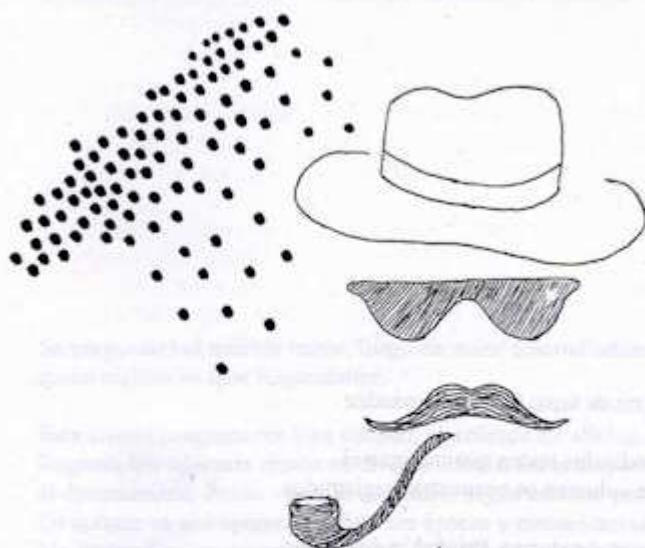


Catriel Fernández



Anecdotario de Igor Ragendolfer

Primera parte

Arte de tapa: Catriel Fernández

Todos los textos que integran el
presente volumen se encuentran registrados

Impreso en Argentina. Printed in Argentina

Prohibida la reproducción total ó parcial
por cualquier medio gráfico, sonoro ó digital
sin el consentimiento previo del autor.

E-mail: catriel@montevideo.com.uy
<http://ar.geocities.com/catrielf>

MMVI

A Mel.

Se preguntará el amable lector, luego de mirar desconfiadamente el título de este folletín, quién diablos es Igor Ragendolfer.

Esta misma pregunta me hice cuando, ejerciendo mi afición por la lectura, descubrí que un tal Ragendolfer aparecía citado en diversos libros. En la mayoría de los casos nunca se hablaba de él directamente. Pocas veces le dedicaban algún mínimo párrafo.

Lo notorio es que aparece en diversas épocas y circunstancias.

Me interesé en su enigmática figura. Indagué tras alguna biografía y fue una búsqueda infructuosa.

Lo que se presenta a continuación es un resumen de los testimonios que pude conseguir. Aún me falta develar mucho de Ragendolfer quien, por ahora, es un gran interrogante.

Mientras tanto invito al lector a dar rienda suelta a la curiosidad y develar parte de la pregunta recorriendo el presente anecdotario.

La batalla (o relato de la última escena de una película Hollywoodense)

Campo de batalla. Dos ejércitos están a punto de enfrentarse en la batalla final. Podemos suponer que es en una época antigua porque los hombres están armados con espadas, escudos, hachas, garrotes y unas esferas metálicas que cuelgan de la punta de una cadena...

Los hombres de las primeras líneas se miran fijamente en la corta distancia que los desune, provocándose para el combate.

Los hombres de la retaguardia muestran un marcado aburrimiento y entre la tropa puede verse a soldados entretenidos con baleros, yoyos y otros divertimentos porque los ejércitos están frente a frente, mirándose y listos para el combate, desde hace cuatro días y ninguno de esos imbéciles se decide a dar el primer golpe que comience la batalla.

El batallón de arqueros de uno de los bandos está durmiendo en un bosquecito cercano a escasos metros del campo de batalla que es dominado por un radiante sol culpable, entre otras cosas, de que los hombres enfrentados emitan un particular aroma.

El director intenta darnos una idea del carácter de los ejércitos que se enfrentan y cree necesario dotar a cada bando con una estética determinada. Es así como observamos a un bando que exhibe entre sus filas a hombres de aspecto malvado, con barbas sucias de restos de papas fritas y cascos con cuernos. Visten ropas Armani y hablan de liberalismo económico. El mismo director, para mostrarnos que esos salvajes no se bañan, los embetunó con petróleo para que parezcan sucios. Igualmente, no era necesario el betún. Por la estética, el espectador supone que éstos son los malos. Y si en una película Hollywoodense hay malos, entonces debe haber buenos.

Los buenos son todos adolescentes crecidos, a los que la compañía cinematográfica deseaba lanzar al estrellato con ésta película, pero la manera en que encarnan a los rudos soldados no es creíble. Ningún rudo soldado de ningún ejército arenga a sus compañeros con esa voz aguda que se parece a un silbato desafinado.

Los "buenos" parecen ser romanos, del imperio. Nadie explica porqué el guionista los hace hablar en inglés. Los romanos no hablaban inglés. Cuando el muchachito, el héroe, que es el protagonista principal gracias a que su madre es la amante del Gerente del estudio y a que tiene cara de sofá, intenta alguna frase en latín parece que estuviera tratando de pronunciar algo justo después de haber tomado un trago de esmalte sintético para metales oxidados.

Súbitamente la batalla comienza. En realidad comienza porque un soldado, harto de esperar que comience la batalla, decide retirarse hasta el baño. Muchos lo intentan seguir, pero descubren que hay sólo tres baños para los más de 5000 extras.

Comienza la matanza.

Los soldados combaten como dos adolescentes histéricas que se pelean por un muchacho carilindo. Se pegan lindo.

Sobre sus cabezas se ven pasar flechas, piedras, un dinosaurio inflable y dos vacas.

Los arqueros que dormían en el bosquecito cercano aún duermen, cuando el jefe de escenografía los despierta de un baldazo de agua fría para que sigan la escena.

Desorden momentáneo.

En el medio de los cadáveres (que aún gritan cuando dos combatientes cercanos les pisan las manos) se ve el duro combate entre el jefe de los malos (un actor de carácter... podrido) con el amigo del héroe de la película. El malvado combate vestido de mimo. El guionista olvidó que en el imperio romano los mimos no se conseguían y estaba prohibida la importación de mimos, entonces el espectador debe soportar a un mimo haciendo los mismos gestos que hacen siempre los mimos.

Un nuevo desorden de los arqueros, que aún no se acomodan en el lugar que les reserva la escena, distrae a la cámara.

El mimo (que es malvado como todos los mimos) mata al amigo del héroe de la película .

Era de esperar que lo mataran, porque actuaba muy mal.

El héroe ve esa escena y pone la cara de espanto que le permiten sus condiciones actorales dejando notar que éste tampoco es actor de conservatorio. Intenta correr para vengar a su amigo, que yace en el suelo con un calefón eléctrico clavado en el pecho, pero dos hombres disputándose un póster de Elton John le cierran el paso, dando lugar a una nueva escena de severa confusión y permitiendo al malvado escapar por un túnel (se sabe que los mimos siempre tienen la precaución de llevar consigo un túnel para utilizarlo en el momento preciso).

El héroe logra llegar hasta el cadáver de su amigo, mira al cielo y grita "Me tenías que llevar a mí, ¡no a él!". Ningún espectador comprenderá que en realidad ése no era el final que estaba planeado, pero un soborno de último momento obligó al guionista a cambiar el tramo de la película.

Luego la escena se traslada a un barco que navega por una costa indeterminada. El vigía grita:

—Capitán, se acercan 20 naves enemigas.

—¿Una flota?—pregunta el capitán, sorprendido.

—¡Todas flotan!—replica el vigía.

Lo que no se llega a comprender del todo es la escena siguiente, que muestra un instante del siglo XXI, en donde un anciano de traje gris y gruesas gafas negras cuenta como una vez se olvidó el cepillo de dientes en el prostíbulo que frecuentaba y al querer recuperarlo fue salvajemente golpeado por un marinero Sudanés en estado de ebriedad, mientras el iluminador cruza caminando sin darse cuenta que arruina la escena no solo por cruzarse frente a la lente sino porque es tan feo que cuando pasa tiembla el piso.

Luego la cámara vuelve al campo de batalla.

Vemos al héroe de pié, transpirado, agitado y ensangrentado, mirando a su alrededor el tendal de cadáveres. Él solo los mató a todos. A los enemigos.

Luego siguió con los amigos. Y así los mató a todos.

El director aparece en cámara emocionado por el final de la película e intenta un discurso. Por suerte un reflector de gran tamaño se desengancha del decorado y aterriza sobre su cráneo. Digo por suerte porque el director tenía fama de pésimo orador.

Última toma panorámica. La cámara se aleja suavemente. Luego enfoca al cielo porque el camarógrafo tropezó.

Y aparece la palabra que todos esperaban:

FIN.

Artículo publicado en la sección espectáculos del periódico "La voz de Villa Teniente General Gerónimo Sofovich", firmado por Igor Ragendolfer.

"La planificación era perfecta. Un golpe increíble. Cuando me lo contó su creador, Igor Ragendolfer, supuse que ese hombre era un genio.

El golpe sería al mismísimo banco central y la forma de acceso sería el viejo truco del túnel, esa hermosa herramienta que nos hace llegar, invisibles, al lugar del botín.

Los cálculos de Ragendolfer estimaban hasta cuántos lingotes podría cargar cada hombre para poder huir con la velocidad necesaria y no cansarse.

Todo el plan estaba minuciosamente estudiado. Y la cantidad de lingotes por cabeza se traducía en muchísimo dinero.

Igor mostró planos con las construcciones existentes y con el dibujo del túnel proyectado. Los planos eran en escala y se comprendían perfectamente.

Todos nos miramos y ya saboreábamos la vida que nos esperaba. Tendríamos millones en oro que podía ser derretido y sacado del país fácilmente.

Trabajamos con ganas durante un par de meses. El plano mostraba los avances del día y nos alentaba aún mas.

Era un poco duro el trabajo de excavación. El aire no era algo que sobrara y el calor se hacía duro de sobrellevar. Bebíamos agua en grandes cantidades y en grandes cantidades la sudábamos.

Al fin, el día esperado. Estábamos, según decía el plano, a 20 centímetros del tercer subsuelo del banco central. Sólo 20 centímetros nos separaban de miles de lingotes de oro.

Ragendolfer ordenó descansar hasta la noche, horario en que la guardia pasaba por los pasillos del tesoro una vez por hora y con una puntualidad que los delataba fácilmente. Todos nos tiramos en unas colchonetas. Nadie pudo dormir ni un minuto. La ansiedad por tener ese botín era fuerte. Era el pasaje directo a otra vida.

En menos de tres horas estaríamos dividiendo las ganancias y partiendo hacia la mejor vida. ¿O acaso no sería la mejor vida con una cifra de siete ceros en la billetera? Todos brindamos por eso y nos preparamos. Comenzamos a ponernos la fajina que Ragendolfer nos había designado.

Los relojes dictaminaron que la noche había llegado hacía rato. Comenzó el último esfuerzo.

El primer ladrillo cedió fácilmente aunque hubo algo que nos inquietó: por el lugar que el ladrillo retirado dejaba en la pared entró una fresquísima corriente de aire.

Aire fresco. Nos alegramos un poco porque el calor del túnel era insoportable. Pero ¿Cómo llegaba ese aire tan fresco desde un tercer subsuelo?

Los ladrillos siguieron saliendo con facilidad. Por el espacio que aparecía vimos pasar una gaviota. ¿Qué hacía una gaviota volando por el tercer subsuelo del banco central?

Recién cuando retiramos los suficientes ladrillos pudimos comprender la situación. Estábamos exactamente en las coordenadas que había calculado Igor Ragendolfer, sólo que existía un pequeño detalle: estábamos en las coordenadas perfectas, pero unos veinticinco metros más arriba. Uno de nosotros se asomó y estableció la cantidad de ventanas para enterarnos que estábamos entre los pisos sexto y séptimo del edificio, sede central, del banco Nacional.

No terminábamos de salir de nuestro asombro cuando un pelícano entró por el orificio que habíamos hecho y comenzó a construir un nido en un rincón. Luego comprendimos que Igor Ragendolfer había fallado en uno de sus cálculos. Todos lo miramos con furia. Él sonreía tímidamente.

Al día siguiente la noticia salió en todas las primeras planas. Los titulares hablaban de un audaz intento fallido.

Según los diarios habrían hallado a un sospechoso colgando de un arnés, entre las ventanas del segundo y tercer piso del banco central, completamente desnudo y con todo el cuerpo tatuado con figuras de bananas y chorizos. Una vez detenido, al sospechoso tuvieron que retirarle un pelícano ubicado en su garganta."

Fragmento del testimonio de Roberto Zapalorto en su libro "Yo no me llamo 50 centavos".

En 1936 era habitual que la alta sociedad realizara reuniones de sociedad aún sin saber exactamente el significado de esa palabra.

También era habitual que los integrantes de esas reuniones fueran tan entretenidos como pasarle la lengua a un ladrillo.

La fiesta era en la mansión de la familia Alvear, y la excusa para la asistencia era el viaje iniciático de Cunegunda, la hija de la condesa Van Deer Meerd, aristócrata holandesa que guardaba un ligero parecido con una cacatúa.

En esa época era habitual que, al finalizar sus estudios, los hijos de los nobles europeos recibieran un viaje alrededor del mundo a modo de regalo.

La joven agasajada era una joven rellena (rellena con un par de vacas) y con la gracia de un pisapapeles.

Al llegar la homenajead a la fiesta todos interrumpieron sus charlas para recibir con un aplauso a la joven, que bajaba torpemente por los escalones de mármol de la escalera principal de la mansión. Tan torpemente que a los pocos peldaños de su marcha descendente tropezó con su propio vestido y rodó escaleras abajo.

Hubo un ligero revuelo entre los mayordomos que intentaban ayudar a la joven y sin querer le desacomodaron la peluca, pero en un breve instante la joven ya lucía sonriente caminando con un taco roto, con una enorme hematoma en su frente y la lechuga de un sandwich colgando de su voluminosos escote.

Cunegunda caminó entre los invitados sin encontrar a nadie interesante, sea por el estado de ebriedad de la concurrencia o sea por el no dominio de idiomas europeos que los aristócratas poseían.

Aburrida, se dedicó a comer unos bocaditos de fugazza rellena que el chef, un descarado, había hurtado de una pizzería cercana. Después de trescientos veinticinco bocaditos Cunegunda notó que los ventanales daban a unos espectaculares balcones y pensó que un poco de aire fresco no le vendría mal para despertarse.

Al salir al balcón, la joven miró la luna. Enorme. El aire otoñal jugaba con las ramas de los árboles provocando una particular melodía. Todo el jardín, con su colorido, perdía el miedo a la noche bajo la luz de la luna y dejaba que sus colores jueguen a inventar formas.

Súbitamente, se escuchó una voz:

—¿No es hermosa la luna llena?

La joven giró sobresaltada. No había advertido a ese hombre entre las penumbras. Giró hacia él y lo estudió. Una leve sonrisa animó al hombre a insistir:

—¿Salió a tomar fresco?— preguntó el hombre arqueando su ceja izquierda.

La joven no contestaba. Lo miraba con evidente cara de no entender.

El hombre extendió su mano a modo de saludo:

—Igor Ragendolfer— dijo con una sonrisa.

—Cunegunda Van Deer Meerd— contestó y miró el gesto de desconcierto en el hombre.

—¿Deutsch?— preguntó repentinamente la joven.

La mirada extrañada de Ragendolfer no tardó en aparecer. La joven insistió:

—¿English?

Silencio.

La muchacha hizo una mueca y comenzó a hacer señas. Se señalaba a ella misma, luego hacía olas con la mano y ruido de mar con su boca. El hombre entendió mar, e imaginó que ella trataba de hablar de un barco.

—¿Vino usted de Europa?— Ragendolfer preguntó olvidando que su interlocutora no hablaba español.

—Europa— repitió ella.

La joven dijo en un acento extraño "Europa, Europa" mientras afirmaba con la cabeza y daba fuertes golpes con un pie.

Era un avance.

Ella suponía que el hombre comprendía que vino en barco desde Europa.

Ragendolfer entendió que ella tenía una tintorería que se llamaba Europa.

Así, por señas, comenzaron una animada charla.

Cunegunda le contó de sus estudios, de la certeza de que las matemáticas modernas ayudarían mucho a la ciencia del futuro, y de los bellos paisajes de su país. Todo esto apelando a ingeniosas señas.

Ragendolfer afirmaba con la cabeza mientras interpretaba que ella era una tintorera emigrada desde Japón que se quejaba de lo caro que está todo y que llegó a este país escapando de su adicción al opio.

Luego Ragendolfer, por señas, le confesó que él era en realidad un pobre lustrabotas que se había colado en esa reunión con la intención de robarse algunos canapés. Todo con señas.

Como a veces sucede, perdieron la noción del tiempo. El hombre supuso que había pasado un largo rato en el balcón. Además sus suelas estaban agujereadas y le estaba entrando frío en los pies. Con señas quiso invitar a la joven a tomar un helado, adentro, en el buffet.

Ragendolfer, gesticulando, hizo como si tuviera un helado en su mano y luego le pasara la lengua un par de veces, y con un rápido movimiento ladeó su cabeza hacia el interior del lugar.

La joven, que había cursado todos sus estudios en un convento de monjas pesimistas, evidentemente malinterpretó el gesto que le hizo Ragendolfer. La primera reacción de Cunegunda fue partirle el tabique nasal de un golpe. Luego arrancó un barrote de fundición de la reja del balcón y comenzó a darle en el cráneo al ya inconsciente Ragendolfer. Finalmente, tomó el cuerpo del hombre por encima de sus hombros y lo tiró hacia los jardines de la mansión. El personal de seguridad tomó al hombre y lo llevó a un hospital.

Como ningún invitado reconoció a Ragendolfer, nadie le dio importancia al suceso.

Conversación entre dos ancianas de pantuflas y rúleros, oída al pasar en una panadería del barrio de Olivos.

"Todos conocían la prédica nacionalista de Leopoldo Lugones. Había ido abandonando a lo largo de su vida la esperanza en la democracia. Siempre comentaba que su fe había desaparecido luego de ver los resultados de la revolución Rusa y de la semana trágica. Incluso desarrolló una aversión a los extranjeros a quienes consideraba, al igual que consideraban todos sus amigos de la liga patriótica, los agentes de un complot internacional para desatar la revolución social. En esa obsesiva lucha contra el fantasma del comunismo encontró el país un invalorable defensor.

No tardó Lugones en develar quién tendría a su cargo tan mesiánica tarea. En 1924 el gobierno de Perú invitó a políticos e intelectuales Argentinos al acto recordatorio en conmemoración de la Batalla de Ayacucho. El grupo que viajó era, en realidad, un conglomerado de patriotas y gente de clase seleccionados cuidadosamente por el gobierno. Yo pude estar dentro de la comitiva por ser el secretario de Lugones.

No había en el resto del grupo personalidades que resaltaran demasiado, excepto ese hombre gordo de gran estatura que se distinguía por su forma de hablar y por su olor a pulgas. Los hombres se quedaban estupefactos ante la firmeza de sus palabras. Las mujeres decían que ese hombre utilizaba el lenguaje como arma de seducción, y le atribuían miles de aventuras amorosas. Vestía normalmente, pero llamaban la atención sus zapatos. Eran unos mocasines bicolor, de puntera blanca y generoso bigote de gajos de cuero. Ese hombre era el Doctor Igor Ragendorfer.

Cuando lo saludó a Lugones lo hizo de manera tan familiar que comprendí que eran viejos amigos.

(...)

Para el discurso que daría en ese acto, Lugones había invertido incontables horas de reflexión hasta llegar a plasmar el contenido deseado. Yo, en mi deber de asistente, supe de los esfuerzos de Lugones en buscar palabras claras, directas, que no dieran lugar a duda en su contenido. Que expresaran el imaginario de la sociedad Argentina.

Antes de subir al estrado principal, Ragendorfer le preguntó a Lugones sobre el contenido de su discurso mientras encendían un cigarro Mexicano. Lugones fue escueto :

—Ha llegado la hora de la espada.

Ragendorfer lo miró sin comprenderlo totalmente mientras Lugones se ponía de pié y marchaba hacia el estrado principal en medio de los patrióticos aplausos.

El discurso de Lugones no fue largo. No recuerdo gran parte de él, pero en mi memoria se inmortalizó el párrafo final, que rezaba :

"—La espada, o sea el ejército—explicó Lugones desde lo alto del estrado—, dio a la Argentina el único logro real del cual podía enorgullecerse : la independencia. Desde entonces, los argentinos han vivido en el desorden y la frustración, producto de la democracia y la demagogia. Al presente se encuentran amenazados por un peligro todavía mayor : el socialismo, y ese peligro únicamente puede eliminarlo la espada. Ha llegado el momento de actuar, porque la democracia resulta una forma anticuada de gobierno." Leopoldo Lugones terminó así su discurso y las multitudes de familias patricias no paraban de aplaudir. Lentamente, y agradeciendo con un modesto gesto con la cabeza, Lugones fue llegando a su asiento. Al llegar se encontró con el Doctor Ragendorfer de pié, en una postura firme, mientras no quitaba su vista de la figura de Lugones. La cara del Doctor mostraba un gesto severo por demás.

Escuché claramente que Ragendorfer le dijo a Lugones :

—Leo, te estás volviendo loco de a poco... vas a terminar matándote un día de éstos por culpa de tu locura...

Dicho esto, tiró violentamente su cigarro y rompió su bastón de roble contra la dentadura de Lugones para retirarse del lugar dando unos saltos iguales a los de un baile de moda por aquellos tiempos, mientras decía algo parecido a "yateviadávavo".

Ragendorfer se alejó de Lugones y no lo volvió a ver, a no ser por una vez que cruzaron un par de cascotazos en un baldío de Villa Diamante.

Alejado de ese entorno autoritario hizo amistades entre gremialistas que poseían una fábrica de bombas para el partido anarquista.

Igor no tardó en militar activamente en el anarquismo y entre sus planes estaba atentar contra la vida de Lugones con una bomba. Aprendió el oficio casi tanto como para armar su propia bomba.

Pero Ragendorfer tuvo un error de cálculos, mientras fabricaba la bomba que mataría a Lugones, y murió en el acto dejando veinticinco manzanas céntricas a la redonda damnificadas por la explosión.

La inexplicable casualidad fue que esa misma tarde, en una ignota isla del Tigre, se suicidaba Lugones."

Fragmento del libro "Mi vida al servicio" de Olegario Gaspar Rebolledo, secretario personal de Lugones desde 1898 hasta el año 1935 cuando encontró la muerte en un trágico accidente con una lata de paté.

Mientras bajaba los escalones hacia el andén del subterráneo Igor Ragendolfer no necesitó mirar su reloj para saber qué hora era exactamente.

Desde tiempos que se le escapaban de la memoria se levantaba a las 8:05 AM. Se vestía apenas sonaba el reloj y mientras caminaba errante hacia el baño ponía la pava en el fuego. El trámite del baño siempre incluía preparar el cepillo de dientes primero, luego realizar el resto de la rutina y salir del baño terminando de peinarse para luego dejar el peine en la cocina.

Nunca supo con certeza porqué el peine quedaba siempre en la cocina.

Luego, preparar el café con leche instantáneo y mirar el noticiero de la televisión durante el desayuno para saber cómo venía el pronóstico del tiempo.

El desayuno era rápido. Tan rápido que cuando el reloj marcaba las 8:30 AM siempre parecía demasiado pronto. Era el momento de correr hacia la puerta mientras se revisaba si estaban a bordo la billetera, las llaves, el celular y los cigarrillos.

El ascensor siempre hacía perder tiempo así que, a menos que estuviera en el mismo piso, optaba por bajar por la escalera los dos niveles que lo separaban de la calle.

Luego el "buen día" al encargado del edificio que siempre fumaba un cigarrillo negro sentado en la mesa que está en el hall del edificio.

Ya en la calle repetiría de memoria los detalles de las veredas durante las cuatro cuadras que tardaba en llegar la estación.

Al sacar el boleto saluda cordialmente a la boletera y lamenta que el momento de verla sea tan efímero.

Cuando termina esa reflexión ya pasó por el molinete y está bajando las escaleras hacia el andén. En ese momento son las 8:33 AM.

Al entrar al andén doblará hacia la derecha y confirmará en el reloj electrónico que cuelga del techo su puntualidad, o no, al horario de ingreso de la oficina, y caminará hacia el final del andén así cuando baje del tren estará justo junto a la escalera de salida y no será víctima del embotellamiento humano que se forma siempre en la escalera mecánica.

Mientras bordea el quiosco de revistas aminora el paso y ojea los titulares de los diarios que casi siempre repiten lo que decían los noticieros hace pocos minutos.

Luego del quiosco, ese día, estaba estacionado un policía que a sus pies dejaba descansar a un perro. El perro tenía una chaqueta que lo identificaba como agente del orden.

Ragendolfer miró al perro con la simpatía automática con la que miraba a todos los perros.

Súbitamente, el perro policía devuelve fijamente la mirada e impulsado por un potente resorte deja su relajada posición y salta hacia el hombre mostrando los

dientes. El policía siente el tirante ataque en la correa. Intenta detener al can en medio de trabajosos esfuerzos. El perro ladra sonoramente y toda la gente del andén mira atónita la situación sin llegar a entender qué es lo que pasa. Muchos se alejan lentamente.

El policía le grita al perro una jeringosa indescriptible y el perro insiste en su ataque con mucho ánimo.

Igor está ahora contra la pared, justo en el rincón que forma con la estructura metálica del quiosco de revistas. Muestra un rostro de palidez lunar. Su mirada deja escapar todo el terror que no usó desde aquella vez que, siendo niño, quedó colgando de un pié en una de las ramas más altas del árbol que trepaba con los amigos de la cuadra.

Sus brazos, estáticos, dejan descubrir un temblor, una vibración.

El policía lucha con la correa del perro, que no cesa en los ladridos y en los intentos de triturar con sus fauces las tibias de Ragendolfer.

Llega un hombre de seguridad del subte, alertado por los ladridos, junto al tren que emerge de la cueva subterránea atacando los oídos de los pasajeros con un agudo quejido.

El ruido, el movimiento de los pasajeros que descienden, y caminan mirando estupefactos la escena, y los esfuerzos del policía y del seguridad por calmar al perro se mezclan y se funden un poco.

Cuando el tren arranca y hace mutis, ruitis, por el foro, el perro logra ser amordazado con un bozal. A fuerza de golpes de correa logran contenerlo y al fin obedece la orden de sentarse.

El andén semivacío vuelve a ser la escena gris que se repite diariamente.

Igor aún está paralizado. Todo su cuerpo tiene la contextura y la dureza de una barra de hielo. Su pulso batió el récord de velocidad y su respiración aún se entrecorta.

Su ropa desarreglada y su despeinado no mienten al describir su estado. Está realmente alterado.

El policía se asegura la inmovilidad del perro y luego de pasarle la correa al seguridad, e intercambiar unas breves frases, camina hacia el hombre.

—Señor... ¿está usted bien?

Ragendolfer lo mira sin entender nada. Articula alguna palabra pero sus labios responden al shock que preside su cuerpo.

Pasan algunos minutos descifrables sólo por el paso de dos trenes junto al andén mientras el policía permanece de pié frente a Igor rogándole que se tranquilice.

Al fin el hombre recupera el autocontrol de sus cuerdas vocales y le confirma al agente:

—Ya está.

—¿Se encuentra bien ahora?

—Si... ya está pasando—confirmó Ragendolfer pasándose la mano por el pelo. Arreglándose la ropa observó al agente inmóvil y preguntó tímidamente:

—¿Me tiene que... revisar?

—¿Revisarle qué?— preguntó el policía frunciendo el ceño.

—Digo... el perro me detectó algo... sino no saltaría así... ¿no es, acaso, un perro entrenado para detectar... cosas?

El agente comprendió la pregunta y un gesto aflojó su semblante:

—No. Bueno, sí. Le tengo que dar mis más sinceras disculpas.

—No entiendo—se quejó Igor.

—Vea, le tengo que ofrecer disculpas en nombre de la institución misma.

Lamento muchísimo que haya tenido que pasar por éste momento y le aseguro que fue un accidente.

Ragendolfer dejó entender con un gesto que no comprendía esas palabras.

El policía explicó:

—Señor, verá usted... éste perro está especialmente entrenado, pero no para detectar drogas. Éste es un perro policía que detecta rutinarios. Detecta personas abatidas por la rutina, personas que ya abandonaron la esperanza de una emoción en medio de incontables días grises y calcados.

Es uno de los mejores. Y lo traslado para realizar un trabajo especial. Como es un animal tranquilo lo solemos trasladar en el subterráneo. Siempre viajó en subterráneos y nunca habíamos tenido ningún problema.

Nuevamente le doy las disculpas y lamento mucho que haya pasado este mal momento. Tenga usted un buen día.

El policía recuperó la correa y dándole un certero tirón caminó a paso rápido hacia el otro extremo del andén. Al pasar junto a Ragendolfer el perro le dejó una última mirada amenazadora.

Ragendolfer los vio alejarse sin terminar de sorprenderse de las palabras que acababa de oír. Una nueva formación salía de la cueva y descansaba junto al andén. Miró el reloj y subió al tren que abría sus puertas.

Mientras viajaba pensaba en lo que le diría a su jefe para justificar la llegada tarde.

Relato aparecido en “Crónicas del subterráneo”, libro clandestino escrito por un alemán de nombre irreproducible, traducido por un suizo que hablaba muy mal japonés y amigo de un linotipista italiano que era corto de vista.

Quienes estuvieron presentes aquella noche en el casino de Puerto Madero jamás olvidarían el gesto que llevaba el rostro de Igor Ragendolfer. Era el primer viernes de un mayo indeterminado y el viento fresco rodeaba el lugar.

El hombre entró caminando con una actitud devastada. Su postura generaba lástima y miedo. Lástima porque se veía en el gesto un abatimiento profundo, de esos que mellan el espíritu, y miedo, especialmente y más que lo anterior, ya que la letra de la muerte se leía en su rostro. El sufrimiento se posó sobre quienes vieron ese rostro al entrar a la sala de juego. Ragendolfer caminaba lentamente hacia la mesa. Sus pasos ladeaban el cuerpo de tal manera que las latas de gaseosa que Igor llevaba colgadas de su cinturón, atadas con hilos de morcilla, hacían una particular melodía. Sus zapatos de charol bicolors avanzaban dejando una estela en la gruesa alfombra mientras con cada paso disminuía la distancia entre el hombre y la mesa de ruleta.

Los apostadores apenas vieron al hombre que se acercaba a la mesa porque la distracción de ese dinero en forma de trocitos de acrílico era un artefacto de hipnosis admirable.

Sólo el empleado del casino miró a ese sujeto de sombrero de papel de diarios. Vio como el hombre sacada de un bolsillo una única ficha, la depositaba sobre el número tres, y luego se perdía entre la turba de apostadores.

La ruleta aminoraba su marcha rápidamente, dejando a Ragendolfer con un gesto aún peor del que portaba al entrar al lugar debido a dos razones:

Primero porque el número en el que se detuvo la ruleta era el 14, rojo.

Luego porque los restantes apostadores que jugaban en esa mesa, unos cuarenta y dos, aproximadamente, habían apostado, todos ellos, al 14, rojo. Igor se retiró con el mismo andar con el que había entrado abriéndose paso entre los cuarenta y dos sonrientes apostadores que se empujaban para recibir sus ganancias. En el camino a la salida se cruzó con un canguro amaestrado que le pidió fuego para encender un cigarrillo de forma alargada.

Al salir del casino su gesto cambió instantáneamente. Una idea, algo que le pasaba de vez en cuando, había nacido en su mente. Su último centavo, aquel que le hubiera permitido sustentarse al menos por dos días, se había ido dejándolo en el total desamparo. No tenía trabajo ni familiares ni amigos que pudieran auxiliarlo. Sus pertenencias, un bolso mugriento que guardaba un par de ropas viejas y una sola fotografía, estaban en manos del encargado de una pensión hasta que Ragendolfer abonara la deuda de dos meses de alquiler que tenía, pagara los gastos de los destrozos que generó aquel experimento con pólvora y un líquido que emitía una particular luz verde fluorescente, y devolviera las lamparillas que se robó.

Sólo quedaba un camino posible.

Vagó sin rumbo por algunas decenas de minutos, hasta que notó algo que era perfecto para su idea.

Una puerta mal cerrada dejaba libre la entrada de un edificio. Igor miró hacia arriba. Ayudándose con sus dedos contó la cantidad de pisos: setenta y tres.

No estaba mal.

Aprovechó la cerrada noche para entrar sin ser visto por algún accidental testigo. Subió al ascensor y digitó el botón del último piso posible. Igor notó que el ascensor sólo llegaba hasta el cuarto piso de modo que subió los restantes sesenta y nueve pisos por la escalera.

Al llegar a la terraza la frente de Ragendolfer mostraba severas goteras y su respiración estaba bastante acelerada. Al ascender el último escalón tuvo la misma sensación de triunfo que los jugadores de una selección nacional de fútbol al ganar la copa del mundo.

Le costó un buen rato volver el aliento a la normalidad y deshacerse de los cangrejos que se pegaron en su espalda allá por el piso veintidós.

Caminó hacia la puerta que daba a la terraza. Era de metal y aparentemente estaba cerrada por fuera. Igor decidió abrirla con la motosierra que siempre llevaba en un bolsillo cuidando de no hacer ruidos que despertaran a algún ocupante del edificio.

En pocos instantes la puerta cedió y el hombre llegó, al fin, a la terraza.

Parado en el borde del abismo Igor contempló la ciudad. El paisaje le acercaba cierta paz y cierto olor a podrido de una curtiembre cercana.

Pensó en escribir algo. Tomó un bolígrafo de sus medias y sobre una tarjeta escribió:

"Señor juez: váyase al carajo"

Guardó el bolígrafo en el mismo bolsillo que la tarjeta por si durante la caída se le ocurría agregar algo mas a la escritura.

Miró hacia abajo y de un rápido movimiento se zambulló al vacío.

Parecía, a los ojos de Ragendolfer, estar viendo una película en cámara lenta.

El suelo se acercaba a la velocidad de un empleado público.

Durante esa película la variedad de sensaciones que sentía Igor lo adentraban en un nuevo y novedoso mundo.

Al fin, el golpe.

Después del golpe, un dolor intenso.

Ragendolfer estuvo frotándose la frente, superficie de su cuerpo que golpeó contra el pavimento al finalizar la caída, hasta que el dolor disminuyó un poco su intensidad.

Luego se sentó, confundido, y estuvo con la cabeza gacha un rato. Después miró el edificio del que había saltado, contó nuevamente los setenta y tres pisos y siguió confundido.

Se levantó entre dolores en la totalidad de su cuerpo. Vio que la puerta del edificio seguía abierta y se encaminó hacia ella resuelto a repetir su salto, pero después de repetirlo siete veces con idénticos resultados comenzó a pensar que los milagros existían o que el pavimento ya no se fabricaba tan duro como antes.

Hizo un repaso mental de cada salto y de cada uno sólo recordaba el momento, breve, durante la caída. Esa emoción desafiante de instintos de supervivencia era, además de muy fuerte, algo distinto. La adrenalina excitaba tanto los sentidos que el momento del choque contra el asfalto quedaba en un segundo plano, resultando la consecuencia de un momento, de una experiencia, casi orgásmica.

Igor Ragendolfer pronto comprendió que además de haber nacido inmortal había nacido con un gusto por las emociones fuertes. Ahora la lejana emoción de ver cómo todo lo que poseía era devorado por una ruleta parecía algo simple junto a su nuevo descubrimiento.

Desde entonces el inmortal Igor Ragendolfer disfruta de arrojar desde las terrazas de los edificios más altos de Buenos Aires para que sus sentidos se estimulen durante los pocos segundos que cada caída le ofrece.

Algunos médicos y algunos vendedores de teléfonos celulares aseguran que los saltos de Igor serían producto de su adicción a las emociones fuertes.

Su historia me fue referida por uno de los pocos amigos que tuvo Ragendolfer. Lamentablemente, también conocieron la historia otras personas que la divulgaron con algunas incorrecciones y la mutaron hasta convertirla en leyenda urbana. Ahora no faltan los programas de televisión que investigan si Ragendolfer existe o es un mito.

Tampoco faltan los que aseguran haber presenciado uno de sus saltos desde los techos de alguna prestigiosa pizzería.

Informe publicado por Casimiro Lafuente en el libro "Mitos porteños de poca monta", editado por el Centro de Ingenieros Tartamudos de la República Argentina.

En el despacho, el Doctor Ragendolfer charlaba con su fiel asistente Tancredo. Era una de esas tardes de invierno en la que la luz del sol desaparecía temprano y el poco trabajo hacía mas pesada. Para mitigar el efecto del hastío ambos hombres charlaban animadamente.

Tancredo, luego de finalizar una idea con explicaciones gestuales incluidas, dijo:

—...y por todo esto que le cuento es que creo que ha triunfado el socialismo en la Antártida.

Ragendolfer terminaba de encender un cigarro y cuando iba a contestar vio la luz.

Era, efectivamente, una luz. Blanca, de tamaño pequeño, casi como la bombilla de un faro de auto. Apareció en la pared y se acercó a los hombres. De cerca se notó mejor su forma: era una cucaracha completamente blanca que emitía luz y flotaba en el aire.

Al ver la forma del insecto, Tancredo exclamó:

—¡Frank Zappa!

Ragendolfer lo miró duramente.

Tancredo hizo un gesto de no entender el reto silencioso.

—Franz Kafka—dijo Ragendolfer, corrigiendo.

La sorpresa no llegó a Tancredo —era un poco lento de reacción— que se quitó su zapato talla 49 e intentó pegarle a la cucaracha voladora luminosa. El zapato no reaccionó contra ningún objeto duro. La cucaracha parecía un fantasma.

Luego del inútil ataque, el insecto —la cucaracha, no el asistente— emitió un rayo láser hacia Tancredo y lo convirtió en un montoncito de cenizas de no más de seis centímetros de altura.

Ragendolfer hizo un gesto de horror, pero enseguida calculó el ahorro que le significaba esto en gastos de indemnizaciones a empleados.

Con un gesto sonriente volvió hacia la cucaracha y sin pensar habló solo:

—¿A qué debo su visita, señor Kafka?

—No me llamo Kafka, estúpido —la vocecita salió de la luz.

—Disculpe usted. Es que existe un libro que...

—¡Eso ya lo sé! Leí ese libro hace mucho tiempo. Pero, ¡Basta! No he venido a hablar de literatura con un humano.

—Explíqueme que hago yo charlando de literatura con un insecto como usted.

—¿Y quién nombró a ese...? por culpa de ese libro millones de humanos nos llaman así.

—¿Millones?

—Calculo que millones. Tengo entendido que los humanos leen mucho.

—¿Me va a decir su nombre?

—¡Oh!... Roberta. Mi nombre es Roberta, y soy el alma de una cucaracha homónima que usted asesinó ayer.

—¡No me diga que las cucarachas tienen alma!

—La misma pregunta nos hacemos de ustedes.

—Encantado, señorita Roberta.

—¡Señor!

—¿Acaso es usted una cucaracha macho y se llama Roberta?

—Si. Pero no me desvíe más de mi conversación, por favor. Vengo del mas allá de las cucarachas a vengar a mi gente. Nuestros servicios secretos tienen datos y pruebas firmes de que usted es un genocida.

—¿Genocida yo? ¡Si nunca maté ni a una mosca!

—Moscas no, pero cucarachas unas veinticinco mil doscientas diez. El número era uno más, pero lo exoneraron de un caso.

—¿Me exoneraron?

—Si. A la ciudadana Roberta la mató la puerta de su heladera justo en el momento en que ella trataba de poner los huevos.

—¿Perdón?

—Fue un accidente. Usted abrió la heladera para sacar un frasco de lupines y ella aprovechó para ingresar y hacer un nido para las crías. Pero por el reuma no podía correr demasiado y la puerta la aplastó. Usted ni siquiera llegó a ver el cadáver. Nuestros agentes informaron que en esos tiempos era usted un mugriento.

—Caramba. Me siento apenado. Pero esa Roberta ¿Era usted o era otra Roberta?

—Todas las cucarachas nos llamamos Roberta, sin importar el género. Sépalo. Ahora usted será castigado por el crimen de todas las Robertas hermanas. ¡La justicia del más allá vengará, al fin, a nuestras caídas!

—Oiga. Admito que maté muchas cucarachas, digo, Robertas en mi vida pero ¿Qué esperaba que hiciera? Si ustedes son bichos repugnantes.

—Eso dice porque nunca se miró a un espejo.

—¡Pero ustedes son insectos! ¿Cómo esperan que las traten si se meten en casas humanas sin permiso?

—Que nos reciban con un cognac y un habano.

—Esto es demasiado. Haga el favor de retirarse.

—¡Irrespetuoso humano! ¿Desafía acaso el poder de las fuerzas del mas allá?

—Solo por curiosidad... ¿Qué castigo me correspondería?

Silencio.

Más silencio.

Mucho más silencio.

Al fin, el insecto contestó:

—Ehr... si le dijera que los que me enviaron no me explicaron esa parte, ¿Usted me creería?

—Sería lógico. Ustedes tienen el cerebro de una cucaracha. Mucho no pueden pensar. Apenas pueden seguir su instinto de alimentarse y reproducirse.

—Es cierto.

—Y seguramente, al tener un cerebro tan pequeño, tienen ustedes terribles deficiencias en la memoria. No tienen espacio en donde guardar recuerdos.

—Eso también es muy cierto. Sin ir mas lejos, ahora no recuerdo su nombre.

—Igor Ragendolfer.

—Roberta. Encantada.

—¿Quiere que le dé un buen dato, Roberta? Aquí a dos cuadras hay un depósito de harina donde muchas cucarachas encuentran comida, y calculo que también será un buen lugar para encontrar pareja.

—Eso me interesaría. Espero que no haya sólo Robertas macho como me pasó la última vez... estuve en un galpón portuario y resultó que eran todos machos. La estadía resultó aburridísima para todos, aunque hubo un par que se divirtieron.

—Los comentarios del barrio dicen que en ese lugar son de ambos sexos, completamente hermafroditas.

—Le agradezco. Ahora mismo voy hacia allá. Antes dígame ¿Recuerda usted para qué vine yo?

—Para comprar una biblia usada, pero se nos acabaron.

—¡Que contrariedad! Bueno... Volveré en otro momento.

—Tenga usted buenas tardes.

—Buenas tardes.

La cucaracha fantasma se retiró flotando hacia el pasillo buscando el ascensor